F

ADELANTE!

PERIÓDICO DEL Y PARA EL PUEBLO

AÑO I — NÚM. III — Montevideo, Abril 1.° de 1909 — Dirección: CALLE NUEVA YORK, 128a

PORTE PAGO.

Dos noticias

El día 1.° de Mayo próximo será repartido por Montevideo el núm. 4 de «¡Adelante!», profusamente ilustrado y lleno todo él de numerosos artículos de propaganda.

Como nuestro deseo es que dicho número sea leído por todos, anarquistas y no anarquistas, esperamos que aquellos que quieran ayudarnos á obra tan necesaria, dirijan sus pedidos, acompañados de su importe (un peso los cien ejemplares) á Josué Guelén, Nueva York, 128a.

Para que no sea desatendido ningún pedido, advertimos que solamente enviaremos números á aquellos que los hayan solicitado antes del 25 del mes de Abril, pues nos es absolutamente imprescindible regularizar la tirada.

Inútil de todo punto esperar la remisión de ejemplares sin antes haber abonado su importe, bien en metálico ó bien en sellos de correo.

El número extraordinario constará de 8 ó más páginas.

° °

El grupo dirigente de «Adelante!» ha resuelto editar por su cuenta, para repartir en la misma forma que el periódico, un folleto titulado «Catecismo Anarquista Revolucionario» obra de interés por su originalidad como por su carácter de emancipación y para esto pide la adhesión á la empresa patrocinada por él, á las sociedades gremiales y á todos aquellos que simpaticen con la idea, á fin de que, con la anticipación necesaria, hagan su pedido de ejemplares á nuestra dirección, para poder así disponer el grupo la cantidad que ha de imprimirse luego de la fijada por él para costear con su peculio y destinarla al reparto gratis.

El precio de los cien ejemplares será de sesenta centésimos y mil 5.50.

Para evitarse el grupo recargos monetarios que le perjudicarían, ha resuelto que los pedidos de ejemplares sean acompañados de su importe.

La pensión de los expresidentes

Con el último eco del carnaval, los padres de la patria volvieron al trabajo y tornaron á su obra salvadora y de tan provechosos resultados para el «popolo».

Tal vez la influencia de las recientes payasadas del baile blanco del Urquiza y del bochinche popular de la Plaza de Armas, tenía las mentes revolucionadas y la emprendieron contra el presupuesto poniendo sobre el tapete, «La pensión de los ex-presidentes»

Soberana injusticia fué el rechazo; época de desengaños nuestra época. ¿En nombre de qué santos principios se ha negado un mísero puñado de oro á esos grandes ciudadanos, que después de consumir sus más poderosas energías por el progreso del país tienen que irse á Europa y recorrer Francia y España, Inglaterra y Suiza, Italia y Grecia y casi siempre Monte Carlo en una forma indigna de una excelencia? ¿En qué tiempos vivimos, y en qué país estamos? ¿Ya no se puede ser ni presidente?

Otros pueblos se dan el lujo de tener reyes, emperadores, cortes y nobles, y aunque para ello sufran lo indecible y mueran de hambre á millares, los de afuera nada saben, y heroicos en el sufrimiento, tienen familias ilustres, timbres de honor, escudos heráldicos y tradiciones gloriosas; ¿Y nosotros? ¡Ni un ex-hombre pensionado!

El diputado Arena, que ha recordado las miserias del pueblo y que ha impugnado tan gran proyecto con sus razones de orden socialista, no merecerá bien de la patria; con hombres así, no se puede hacer patria; y, los presidentes futuros, tendrán que velar por su porvenir y asegurarse una vejez tranquila, sea como sea, ya que el porvenir es tan injusto.

Se comprende y se admite sin discusión de ninguna clase, que un obrero, despues de 30 ó 40 años de trabajo, muera de necesidades, tirado por las calles ó en uno de esos asilos que ha levantado la piedad cristiano—gubernativa, porque al fin y al cabo ¿que es un obrero? Uno más, un grano insignificante del montón anónimo; acaso un analfabeto de baja ralea que por vicioso no supo ahorrar; pero un señor Presidente, una eminencia, un padre espiritual del pueblo, un genio protector de los mercaderes, de los militares, de los sarcerdotes, de los ricos, de las leyes, cuando no están en contra de él, ya es otra cosa; y cuando en el sagrado recinto de la patria se cometen hechos como éste, solo acude á los labios la palabra: ¡injusticia! ¡injusticia! ¡injusticia!

Pero esta vez, no podrá quejarse el pueblo; los ex-hombres no serán pensionados; las cantidades que les serían destinadas, se aprovecharán en cosas más útiles; se comprarán cañones y soldados, se enviarán militares á Europa que nos traerán el

Se reparte gratis.

último dictado del arte de matar hombres, y amparados por estos nuevos elementos, meteremos un miedo terrible á Zevallos y á Río Branco y podremos seguir trabajando al amparo de la paz, para ver si se pueden aumentar los sueldos á los presidentes, ya que se niega una pensión para el futuro. Y digan después los socialistas, los anarquistas y todos los istas que no adelantamos.

o o

La ola crece; adquiere empujes formidables; los hombres experimentados, cansados de sufrir, abren los ojos y miran al porvenir y en la lejanías inciertas de la vida, sólo se ven tinieblas que obscurecen el sol; ni una esperanza, ni un aliento. ¿De dónde vendrá la resurrección? ¿Dónde se alzará la primer bandera? ¿Dónde vibrará la primera voz?

Hace mucho ya que los pueblos nada esperan de los poderosos; saben que ellos mismos tienen que labrarse el porvenir; que tienen que ascender, aunque sea sobre sus mismos escombros; y los mandatorios, los de arriba, son los que colman cada día la paciencia y apresuran la explosión que ya se hace sentir por pequeños y elocuentes estremecimientos; aún no ha sido vencida la inconsciencia: «Ma guarda é passa»,

París, la ciudad luz, la villa donde los derechos del hombre se incendiaron cien veces amenazando á los tiranos, acaba de conmoverse al estallido de las masas obreras que con el brazo y con la voz reivindican sus fueros legítimos.

Saludemos á los valientes compañeros de allende el océano, en sus grandes actitudes.

Aún hay mucho que hacer; hombres que emancipar é ideas que esparcir.

Cuando la luz se haga sobre las almas, habrá sobre la tierra un ruido de privilegios derrumbándose y un rumor de alas ascendiendo.

Preludios de la gran lucha

Francia es el país de los viceversas y de las rarezas (recuérdese á Deibler y á la guillotina), pero es tambien el país de la grandes huelgas y de los colosales movimientos.

Es una lucha verdaderamente interesante la que acaba de emprender el proletariado de correos y telégrafos de la gran ciudad, mejor dicho, de la gran nación, pues, según las últimas noticias, el movimiento huelguista no se ha circunscrito solamente á Paris, sino que ha irradiado, potente y avasallador, por toda la Francia.

Conforta grandemente este movimiento por dos razones: por ver los grandes perjuicios que ocasiona á los financieros y demás gente de uña larga y, al mismo tiempo, porque demuestra hasta qué punto son poderosos los trabajadores, los siempre escarnecidos asalariados, que, en casos como el presente, dan una lindísima lección á cuantos, desde el fondo de sus conciencias, abominan del obrero y le consideran como un ser incapaz de hacer algo grande, tal vez como un pobre diablo que ni siquiera tuviera ánimos para plantarse ante él y desafiar su mirada y despreciar sus riquezas y poderíos.

Esa gran huelga de telegrafistas es un punto puesto en la boca á la vil burguesía, poseedora del franco y del dóllar, que cree, como si aún viviéramos en los tiempos bárbaros del vasallaje y del feudalismo, que es posible acallar con moneda las justas ansias de redención de los que trabajan.

Tienen que desengañarse. No hay actualmente un solo rincón en el mundo donde no se luche por la liberación de los oprimidos. En los talleres, en las cárceles, en las minas, en todas partes se estudia, se lee, se hacen esfuerzos por comprender lo que todos, pobres y ricos, creen bien próximo: La Gran Revolución.

Bello Gesto

Rubricado anónimamente, con el signo que caracteriza todo lo que desinteresadamente es impulsado por convicciones nobles, ha llegado á nosotros, en manos de la circulación, un manifiesto anti-carnavalesco, como una palabra escapada de labios que saben la conjugación del verbo de la verdad y la rebelión y con mensajes de protesta fundada y convincente.

Aunque mucho mas pudo decir en la expresión de sus líneas ese manifiesto, referente á lo absurdo y grotesto del carnaval, puesto que mil motivos hay que lo hacen detestable, no por eso deja de ser esa hoja digna de tenerse presente en los momentos en que el disfraz y la careta envilecen más aún los seres que pasan la vida sin quitarse el antifaz de la hipocresía, para entrar en el mercado de los afectos y las conveniencias.

Nuestra palabra afectuosa de camaradas á esos que, como nosotros, viajan de incógnito en el tren de los desprejuicios, hacia el país de las emancipaciones, haciendo ver al pueblo con frases vivas, sus errores y sus deberes.

Para dar mayor impulso á la difusión de «¡Adelante!» hemos fijado en cincuenta centésimos el precio de los cien ejemplares. Pedidos á la dirección del periódico. Pago adelantado.

Ayer y hoy

El ciudadano de hoy se regocija y alegra oyendo hablar de la antigua inquisición que trae á su cerebro el recuerdo de las terribles penas de tormento y hoguera con que la inquisición se vengaba, no ya de herejes auténticos, sino también de los que tenían la desgracia de caer bajo la cólera de algún clérigo ó poderoso. Y el ciudadano de hoy se alegra porque cree haber nacido en un siglo de verdadera libertad, pero este absurdo no tiene más explicación que el recuerdo de la caza de la alondra con espejuelo. Y si no, comparemos.

Ayer estaba el hombre (siempre el humilde) á merced de cualquier clérigo ó corchete. Hoy lo está á merced de cualquier cacique ó policía.

Ayer se invocaba la defensa de Dios, de la patria y de la moral para justificar los crímenes.

Hoy se invoca la defensa del Estado, de la religión, de la patria, de la propiedad.

Ayer se quemaba á los hombres con procesos falsos ó verdaderos. Hoy se les fusila con procesos verdaderos ó falsos.

Ayer había cuadrilleros que cometían crímenes en nombre de la justicia de Dios. Hoy hay también cuadrilleros (policías, soldados, etc.) que hacen lo mismo en nombre de la justicia del Estado.

Ayer el pueblo más débil era vejado y escarnecido por el pueblo más fuerte. Hoy el pueblo más fuerte veja y escarnece al pueblo más débil.

Ayer el clérigo, el alguacil y el aristócrata eran portadores de los vicios y delitos que ellos mismos castigaban. Hoy los ministros, aristócratas, emperadores, presidentes, jueces y escribanos son portadores de los vicios y delitos que ellos castigan y condenan en los demás.

Ayer quemaban, ahorcaban, atormentaban, robaban y engañaban. Hoy fusilan, ahorcan, atormentan, roban y siguen engañando.

Ayer se salvaban de estos males los poderosos y los que se morían de hambre sin protesta, pero adorando á Dios y respetándole. Hoy se salvan lo que se mueren de hambre sin protesta y los poderosos.

Ayer se pagaban diezmos y primicias. Hoy se pagan cédulas y contribuciones.

Ayer se morían en una batalla mil y dos mil parias. Hoy se mueren en otra cuarenta y cincuenta mil trabajadores.

Recordad los autos de fé. Recordad Montjuich y Chicago.

Recordad las Bastillas de la inquisición. Recordad Alcalá del Valle, recordad las prisiones rusas, recordad las cárceles españolas.

Total, que... ¡no vemos la diferencia!

Y el ciudadano, tan contento..., ¡pensando en la breva que le ha caído!

Con la prensa

NUESTRAS PRETENSIONES

Desde el día en que apareció el primer número de nuestra hoja, movidos por esa pretensión que alimenta el deseo de todos aquellos que esperan el efecto de una obra ó hecho, nos pusimos en acecho sobre el decir de la prensa en general, acerca de nuestra entrada al campo del periodismo, viendo día á día, que el desilusionismo más grande llenaba nuestras pretensiones de ver que alguien se ocupara de nosotros.

Nadie dijo nada de la aparición de «Adelante!» Todos esos periodiquines que se ocupan de superfluidades, y hacen de su apostolado la más descarada de las carreras comerciales; todos esos periódicos que llenan sus columnas con croniquillas de la chismografía social, como también con «concienzudos» artículos de índole patriótica, que ensalza tal ó cual barbarismo con derroche de verbosidad, aunque con escasez de sentido común, nada han dicho acerca de una página humilde como la nuestra, que sale anónimamente del corazón del pueblo, pobre en presentación, aunque ataviada con las mejores galas que ornamentan las empresas caballerescas, á combatir prejuicios y á derrocar idolatrías. Si en vez de nuestra hoja se hubiese tratado de otra de índole patriótica ú otras yerbas, de esas con que se preparan las tizanas de la mixtificación con que los curanderos sociales pretenden menguar el dolor de las llagas sociales, si de una hoja de esa naturaleza se hubiese tratado, ya hubiese hecho mención de nuestro resurgimiento el conjunto imbécil casi en totalidad que forma el personal periodístico del país, y en una ú otra forma, los diarios del vintén hubiesen noticiado la llegada de nuestro periódico á sus mesas de redacción. Pero como no se trata de eso, como se trata de una hoja que propaga á todos los vientos palabras de emancipación y frases de verdad, hirientes como dardos agudísimos, todos han callado, y en la mudez que ocultan todo aquello que afecta su programa de mezquindades y su campaña de inconsciencia, han sepultado el periódico, carta de nuestra convicción, esquela familiar

que un grupo de hermanos ausentes, perdidos en la inmensidad y el egoismo de su propia familia, escribe con caracteres de duelo la inmensidad de su pena y llama con gritos de dolor á todos los suyos, á todos los distanciados por las doctrinas bastardas y las ideas ficticias, para que formen la agrupación solidaria y consciente de las masas expoliadas, como medio único de salvar la barca que carga los derechos del pueblo en el mar tempestuoso de las desigualdades humanas. No importa; nuestras pretensiones son conformables y hemos de conformarnos ante la indiferencia de la prensa en general; no lamentaremos mas que se nos mire como algo sin importancia. Nuestro orgullo, como nuestra humildad, no tiene límites en su grandiosidad, y aunque desertasen de nuestra pobre mesa de trabajo los pocos periódicos que en la forma de canje han respondido en cierta manera á nuestro resurgimiento, no nos amedrentaría más ese desdén en la sana y provechosa empresa comenzada.

No hemos de ser como el perro que, cansado de ladrarle á la luna, se convence de su estupidez y calla, sin lograr espantar á nadie.

En las mesas de redacción de todos los periódicos, revistas y diarios, hemos de ser en el montón de impresos, considerados ó no, como un ojo atrevido, avizor, que chismografée al pueblo todo lo que pérfidamente se le oculta, por no espantar con vergüenza á ese buen hombre cargado de años que cree todo lo que le dicen esos que hablan en su nombre, con un lenguaje florido, para empalagarle y embrutecerle. Y en los hogares sin pan y sin lumbre, donde la miseria se enseñorea, seremos la confortación del cuerpo y del espíritu, porque somos todo lo que es verdad y que substancialmente considerado representa pan para el cuerpo, luz para espíritu.

La mujer

(Conclusión).

sus hijas, si las tiene, á la misma educación y al mismo fin, continuando así por siempre la esclavitud moral y material de la mujer.

Estas y muchas más causas, hacen de la mujer un instrumento, del que el hombre, dada la libertad de que goza desde la niñez á la senectud, saca el mayor provecho.

Para que esto finalice, para que la mujer ocupe el puesto que debe en la sociedad, se hace necesaria su educación racional y su ilustración; sólo en entonces ella sabrá rebelarse ante los prejuicios que la ligan al carro de la servidumbre y ella misma hará comprender á sus torpes allegados la frase siempre bella de Urales:

«Sois antiestéticos y cobardes cuantos toquéis á la mujer que no sea con unos labios ó con una flor».

La Imprenta Clandestina

(Continuación)

Pero se había roto el hielo. Destruída una tipografía, se fundaron otras y otras según los mismos principios, que duraron y funcionaron sin interrupción.

Y de cuando en cuando, de subterráneos ignotos, en medio del murmullo de tantos hipócritas y aduladores, sale una voz poderosa que acalla su habladuría servil, retumbando desde el mar Glacial al mar Negro, hace extremecer al despotismo bajo su púrpura ensangrentada, porque demuestra que hay un poder más grande que el suyo, el poder del librepensamiento, que tiene por instrumento el brazo desinteresado.

Aquel librepensamiento llamó en su ayuda el hierro y el fuego, y, haciendo de ellos armas tremendas, trabó una batalla encarnizada que sólo acabará con la destrucción del despotismo. Y en esta batalla, su estandarte glorioso, en torno del cual era más terrible la lucha y hacia el cual se volvían las miradas de los combatientes, fué la imprenta clandestina. Mientras tremolara esta bandera, hasta tanto los esfuerzos de los enemigos no lograran arrebatarla de las manos de sus defensores, no había que desesperar de la suerte del partido y de la organización, aún á pesar de las más terribles derrotas de los parciales.

¿Cómo se explica, pues, el hecho maravilloso de la existencia, á las barbas de la policía, en un país como Rusia, de una tipografía clandestina permanente?

Este hecho, que dá, á mi entender, una idea más grande de las fuerzas del partido que no darían muchas estrepitosas empresas, se explica de la manera más sencilla: es el resultado de la devoción de quienes trabajan en la imprenta y de la exactitud con que cumplen las más insignificantes precauciones para conservarla.

Nadie la visitaba; nadie, entre los que á ello estaban obligados, sabía dónde estuviese y como fuese. Para dar una idea de la reserva sobre este punto, basta decir que no ya los miembros de la organización que sostiene la tipografía más ni siquiera los directores y colaboradores del periódico que se imprimía sabían dónde estaba. Ordinariamente sólo había en la dirección un iniciado en el en el secreto del representante de la imprenta y á él correspondía mantener todas las comunicaciones.

Por mi parte sólo estuve una vez, y he aquí por qué: era uno de los directores de «Tierra y Libertad», periódico del partido antes de que dividiera en dos fracciones.

Las comunicaciones se hacían en puntos neutrales, que se escogían siempre entre los más seguros. Entre-

(Continuará).